

---

# Pesadumbre en Bridgetown

Rafael Arráiz Lucca

Un perro que seguramente es negro  
ladra en el jardín del edificio de al lado.

La guerra concluyó hace pocos meses  
y aún se desconoce la cifra precisa  
de los muertos.

En mi país no hay ley.

Las luces de los autos a lo lejos  
sugieren que hay destinos  
inmediatos por ser cumplidos.

Hay luna llena y la silueta  
del cerro abarca todo el horizonte.

Más allá de sí misma la montaña  
infunde en mí la alegría

por lo que está detrás:

todas las direcciones posibles  
con tan sólo apuntar la voluntad  
sin el artificio de la brújula.

¿Hay algo, además del miedo,  
que impide poner el punto final?

Un hombre viejo y sanguíneo  
me pregunta en una tarde de Enero,  
entre sorbos de café,

“qué va a pasar con todo esto”.

Luego, cayendo la tarde en que esperamos el tren,

comenta: “cuantas veces la tristeza  
amenaza con devenir en naufragio,  
miro al cielo y trastoco mis monólogos,

exageradamente lúcidos,  
en un diálogo conmigo mismo  
mientras ato el trazado de las constelaciones”.

Una vez que dejamos el andén  
va tomando cuerpo la monotonía  
de los vagones sobre los durmientes

y nuestro silencio:  
no pensamos en nada  
estamos allí

absortos  
como si ni siquiera nuestras vidas  
fuesen materia  
para la displicencia del olvido.

La foto debe ser del año sesenta y dos,  
le digo a mi hija.

Son tus abuelos que apenas van  
más allá de los cuarenta.

Mi padre está de pie sobre el muelle  
con las manos detrás y risueño.

Mi madre también ríe  
desde una silla de aluminio plegable.

Dos botes vacíos descansan atados  
a las piedras más cercanas.

Ambos miran algo  
que jamás sabremos qué fue.

Ese viento sabroso que nos invade el ánimo  
viene de las cosas que suponemos  
a partir de otras.

Un hilo solo es frío  
como un riel en desuso.

Para ellos vivir ha sido  
reducir las mayores distancias.

Daban brazadas largas en el agua,  
nosotros avanzamos poco a poco

buscando los mismos dioses,  
nos multiplicamos,  
y cada vez más nuestras caras  
llevan el sello del mismo trastorno.

No logro discernir lo que parece decir  
el vuelo solitario de la golondrina.

Pero sé que hay algo  
en el recuerdo que conservo de un caballo  
espantándose las moscas con la cola  
y tolerando gustoso el peso  
de dos golondrinas.

—Esta es tu ciudad,  
esto tu país,  
la zona más grande aún  
es América.

Toda esta cosa redonda es la tierra  
que junto a algunas más  
da vueltas alrededor del sol.

Muchos soles y cosas así  
van juntos divagando en el espacio.  
El universo es infinito,  
no termina nunca.  
—¿y dónde empieza?

Per omnia secula seculorum  
entona con eco el sacerdote  
y nosotros respondemos amén.  
¿Habrá escuchado alguien  
—además de nosotros mismos—  
nuestras oraciones?  
¿Acaso a alguien más que a mí  
van dirigidas mis plegarias?  
Las voces pueblan la capilla  
como si las aguas inundaran el cuenco  
y de una sola vez apaciguaran  
y lo llenaran todo con su sosiego.  
¿Acaso no es suficiente con la paz  
que nos va tomando desde la garganta  
y termina por hacernos livianos,  
acústicos,  
otros?  
No es el dios de la cruz  
que le sangran las manos,  
es este que se ilumina  
en la respiración acompañada de mis vecinos,  
es este que suda en las manos  
de la mujer a mi lado.

Quiero saber si hoy vive en mí  
aquel que ataba las ratas por el cuello  
o si estoy colonizado por el temeroso, el taciturno,  
el que jamás pudo alcanzar la otra costa del río.  
Quiero escuchar mis latidos  
a ver si en ellos anida el soplo de los arrojados,  
de los que al miedo le enrostran  
la musculatura de una carcajada.  
¿Estará impartiendo instrucciones el eficaz,  
el persistente,  
ése que tan cansado me deja,  
ése que me trae como un robot automático  
por entre las latas que refulgen  
con las primeras luces de la noche?  
¿Cuál de ellos alzaré la voz  
con mayor elocuencia?  
¿A quién obedecerá este cuerpo  
que no sabe a cuál de todos pertenece?  
¿Dónde estará el que se arrobaba a los quince  
con la sonrisa de las mujeres

recién dispuestas para el amor?  
¿Vivirán todos siempre en mí  
o algunos comenzarán a irse?

En el piso cuarenta y dos un hombre respira  
y trata de distinguir entre el sonido del aire  
mientras sube y baja por entre sus entrañas  
y el del ir y venir de su corazón.  
Este hombre además se mira las manos  
e incluso examina con pruebas de movimiento  
la flexibilidad de sus piernas.  
Se observa en el espejo y se encuentra demasiado  
lívido.

Regresa a la cama y ya los ruidos de su cuerpo  
están por llevarlo al colapso.  
Lanza bramidos, resopla, tomado por el mayor temblor  
le ruega a dios que le devuelva  
el paso natural de la respiración.  
En esto que avanza hacia no se sabe dónde  
el corazón no halla su sitio  
y desde el punto más alto de su humanidad  
bajan unas gotas de sudor, heladas.  
No había nadie a su lado cuando quiso precisar  
dónde nacen cada uno de los ruidos  
que el agua va hilando cuando corre  
entre las piedras del lecho.

—¿Qué es lo que más te gusta?  
—Los mares de abajo.  
—No son muchos. Es uno sólo. Es el Caribe.  
—Bueno, el Caribe.  
—¿Por qué te gusta tanto?  
—Porque es libre.  
—¿Cómo es eso?  
—Es libre porque hay muchos barcos  
y es frío y puedo bañarme en calzoncillos,  
pero no lo quiero cuando anda muy rápido  
y se lleva las palas y los tobos.

El primero de mayo de 1988  
Gorbachov saludaba desde el mausoleo de Lenin.  
Larguísimas filas de gente  
alzaban unas lonas muy grandes  
con el rostro de Engels,  
Marx y Vladimir Ilich.  
Lo que el deseo y la fuerza  
de los zares fue uniendo,  
lo que Stalin, implacable,  
hizo aún más grande,  
regresa ahora como en una dulce venganza

al decoro, ilustre,  
de las comunidades pequeñas.  
El poder en un solo punto concentrado  
explota como una estrella avara.

"Repartir, compartir"  
dos verbos que voceaba mi madre  
cuando sus hijos aún salvajes  
acumulaban para sí todos los tesoros.

"Cada cosa en su lugar,  
todo es de todos"  
decía en el límite  
entre la angustia y la furia.

No hay fuerza que sobreviva  
al tino de las piedras de David.  
Tres días bastan  
para que el cuerpo embalsamado de Lenin  
viaje en un camión  
hacia una plaza modesta.  
En San Petersburgo en el mismo mayo  
mientras caía la nieve copiosa  
Vartam veía el "Aurora" desde el cuarto del hotel  
y decía en voz muy baja:  
"no puede ser,  
no es suficiente"

La tierra negra aunque fértil  
es tierra de cemento en el estómago,  
de zamuros volando a ciegas  
por entre los pulmones y el corazón.  
Es esto que cada día pesa más  
sobre los párpados.  
Es esta marea que crece  
y no me deja ver más allá  
de mis paredes  
y de un aparato insulso,  
elocuente revelador de la incalculable  
mediocridad del mundo.

El vidrio de imágenes  
parece afirmar con su estulticia  
que más allá de nosotros  
abundan los ojos que no saben leer,  
la rapacidad y la miseria,  
las frutas podridas  
y los árboles secos.

Veo una tierra negra y húmeda  
que nos suprime  
y pienso en la pulida semilla  
que orgullosa ostenta su lumbre.  
Es el deseo,  
es la luz  
que así como nos dona  
el rayo del entendimiento  
nos abandona,  
nos pudre  
e invita al fuego a rendir cenizas  
con nuestros huesos.

A quienes los anima una costa  
van joviales hacia su destino.  
La tierra negra de nuestro sitio  
es un bozal atado a las orejas.  
La vejez debe ser este dolor aterido  
a los pies,  
esta densidad del cielo  
como si por dentro de los huesos  
morase plomo y cobalto.

En la tierra negra una estaca  
y sobre la estaca un zamuro  
satisfecho  
pétreo  
estúpido.